

dónde debe rellenarse el esquema. Este trabajo, similar en todo al de las abejas, calza sin duda con las aptitudes del laborioso escritor, por lo menos a juzgar por la abundosa nómina de sus escritores anteriores, que exhibe al comienzo de este libro.

Al extranjero que llega a Chile no le llama la atención el volumen de su literatura histórica, contrariamente a lo que creen los propios chilenos, muy inclinados a suponer infalible a don Marcelino. Hay en ella notorios vacíos, que tocan, sobre todo, a los fenómenos culturales. Las historias políticas, llamadas generales, porque están dedicadas a los hechos cívicos (Barros Arana, Encina), son útiles y compendiosas; pero en las de especialidades falta mucho. Y el mejor elogio que de *Prensa y Periodismo en Chile* puede hacerse, es que señala la meta y despeja, de una vez para siempre, no pocos de los obstáculos que suelen hallarse al recorrer una senda nueva. Sea que la complete él mismo o que la lleve a efecto otro, es evidente que al autor de este sólido y bien documentado estudio nadie podrá disputarle la cabecera en la historia del periodismo chileno. Los rodrigones que ha plantado son firmes y de agradable proporción, ya que su libro está bien escrito, contiene trozos muy amenos y se hace leer con gusto, lo que no siempre es frecuente en la historiografía americana.

PROF. LUIS CABAL

*

Tiempo Limitado. MARÍA ANGÉLICA ALFONSO.

Temuco, 1959, 32 págs.

DIOS ME LIBRE de inventar cosas mientras estoy cantando —dice Neruda. Y María Angélica Alfonso, que escribe en su Temuco húmedo y vegetal, nos dice, también: “Pero nada he creado: sólo he visto. Las cosas dejan un fugitivo encanto, o sombra dejan.” Al enunciar este dejar o este caer de las cosas se entra en una velada definición poética, afín con el autor de *Sobre una poesía sin pureza*. Recordemos: “La confusa impureza de los seres humanos... las huellas del pie y los dedos... Así sea la poesía que buscamos, gastada, como un ácido por los deberes de la mano.” De todo esto y también de nuevo hay en la poesía de María Angélica Alfonso. Va a delinearnos una secuencia de cánticos que constituyen una elegía: *Tiempo Limitado*. La obra está destinada a cantar la pérdida de su amado. No a su nombre, con lo que su creación artística excede lo meramente familiar para adquirir correspondiente categoría poética. Sin embargo, los que lo conocimos, y sólo como un dato margi-

nal, diremos que se llamaba Luis Gallegos, era abogado y muy joven; murió de cáncer.

El libro está estructurado en poemas breves. Hubiésemos preferido una selección más rigurosa de ellos; decimos esto porque la obra en sí nos agrada y advertimos que su contenido elegíaco se rebosa y diluye en desmedro de su unidad. Hay poemas logrados que nadie olvidará fácilmente; versos con estructura romántica superados con la frescura o audacia de la imagen. Nos asombra la sencillez de sus imágenes y los acertados logros poéticos que alcanza. Libro de calidad que puede ganar lectores fácilmente por la limpieza de su acento y porque sus motivos consiguen una emoción decantada, ajena a desbordes.

Su enunciado es elegíaco. La cita del Libro de Job, en el pórtico, nos lo advierte: "Ciertamente tiempo limitado tiene el hombre sobre la tierra, y sus días son como los días del jornalero". Los poemas van a recontarnos, a revivenciarnos un amor y su término mortal: "Solamente he amado, he sufrido y escribo de las cosas que a todos nos pasaron". Para la poetisa —mujer al fin— el amor es algo de natural urgencia, común a todos los seres; pese a todo, es solamente "su amor" ahora el que nos interesa, porque es también "su poesía".

Se inicia con su adolescencia: "La adolescencia tuya y la mía se iban juntas, por las tardes marítimas, a quererse como hermanas". De inmediato, traza el paralelo con su tiempo de muerte: "Yo me miro en la niña que te amaba. Y soy otra. Visto de negro y blanco. Sola. Mi corazón acorralado".

Se ama a alguien que se estima distinto y también el poeta se identifica como un ser distinto. Se detiene en la pequeña poesía de las cosas, observa desde un ángulo personalísimo. Por eso nos dice: "Siento una voz de lejos que se junta a la mía, y un muchacho distinto de los otros me estrecha entre sus brazos para toda la vida. Quiero vivir igual que todo el mundo, pero soy muy distinta".

La elegía tiene su héroe en quien se centra la fuerza del llanto; pero sin tintas oscuras. Hay una valorización del goce vital, de la alegría de las cosas cotidianas:

EL HEROE

Yo pasé tantos años a tu lado,
tantos años queriéndote.
De calcetines, trenzas despeinadas
siempre pensando en ti

por la verde alameda.
 Tú soltaste la cinta de mi pelo
 una tarde asoleada de septiembre.
 Contigo se enredaron los plisados
 de mi traje celeste.
 Mi bolsón y tus libros quedaron
 tirados en el césped.
 —Te quiero— te decía
 con mi dulce temblor de adolescente
 Y tú me respondías como el héroe
 de la última novela que leímos.
 “Sólos nos puede separar la muerte”.

Hay una bella ingenuidad poética en la situación y elección de los elementos amorosos. Sin embargo, este poema y algunos otros motivaron reclamos de parte de serias apoderadas y padres del Liceo de Niñas de Temuco, donde la poetisa es profesora de Castellano. “Tales poemas —en manos de las niñas—, son un serio peligro para su moralidad” —han opinado—. Es una lástima que los progenitores olviden que la adolescencia es el auténtico mundo del amor, de la ilusión; por lo demás —causa que algunos considerarían antipoética— la poetisa ha escrito estos versos evocando al hombre que fue su marido y con el que tuvo tres hijos. Una afirmación en favor del matrimonio en estos tiempos en que la institución está en crisis. Todo esto sea dicho al margen de nuestra apreciación literaria.

Es necesario decir que María Angélica Alfonso crea una poesía personalísima; dentro de la difícil sencillez, no recorre caminos gastados, salva los lugares comunes con poética destreza, sostiene una gozosa y alada idealización del amor. Se desprende una amalgama de tristeza y goce de elementos materiales:

“Así como el pan, como la harina,
 como la miel, la leche y el agua,
 así yo, fundamental
 para el amor destinada.

 Buscar su corazón en la noche,
 su corazón apasionado.
 Dormirse dulcemente hasta el alba,
 vestida por sus brazos”.

La poetisa se define: “Tengo más de otro siglo que de éste: no sé fumar, no bebo y concibo el amor sin sexo”. De su última afirmación sólo

se desprende la sublimación de su amor; más allá del sexo mismo. Pero cada una de sus palabras está traicionando a la poetisa. En todo momento se nos revela como una mujer en su plenitud juvenil que ha amado y ha estado "tan poseída de amor hacia la vida".

El poema *Más amargo* continúa los motivos del amor, la pérdida del ser amado y el encuentro de éste con la eternidad:

"Se coge al hombre amado con dulzura
y se graba en la piedra una mañana".
"El tiempo de la ausencia duele tanto
que te arranca la piel con su navaja".

Pero llega la pena hasta un abismo "donde el olvido sopla y apaga". En *Más amargo* el tono elegíaco alcanza su mejor clima. La poetisa no se aparta de sus zonas materiales características que la distinguen de otras creadoras. Ojalá alguna editora se interese por una reedición de un mayor número de ejemplares para que su poesía se conozca y se goce en su vital tristeza, en su amorosa alegría.

CLAUDIO SOLAR.



Cuero duro. HERNÁN JARAMILLO. Ed. Nascimento, 1958, 335 págs.

LA ESENCIA de lo chileno permanece en el campo, afirmaron los escritores de la segunda promoción criollista correspondiente a 1910. De preferencia, auscultaron temas y personajes campesinos. En forma reiterada se había de insistir una y otra vez dentro de la órbita criollista que señalaron Mariano Latorre y Luis Durand, entre otros. Hernán Jaramillo profesa su confianza en lo valedero de nuestra idiosincrasia; para él, sigue siendo el campo: allí el hombre vigoroso de tradición, temple, hombría, saturado de un paisaje que le pertenece con la propiedad de la piel.

De un comienzo, en su novela *Cuero duro*, nos muestra la presencia de dos lenguajes paralelos: uno cuidadoso y rítmico —obsérvese el ritmo yámbico de su frase— y otro, el popular, vitalizado con la buena elección de todos aquellos sabrosos giros de la conversación campesina. Es vital su